CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO

VIDA Y MUERTE DE HIGINIO CARROCERA MORTERA

•

Editado por el Subcomité Regional en el Exilio de la Confederación Regional del Trabajo de Asturias, León y Palencia

INTRODUCCION

EL DIA 8 de mayo de 1938, una descarga de fusilería, seguida del consabido tiro de gracia, acabó con la vida del anarcosindicalista asturiano Higinio Carrocera Mortera. Para los que en aquella época sufríamos ya la represión francofalangista y esperábamos de un momento a otro seguir el mismo camino, el luctuoso hecho representaba algo más que la pérdida de un antifascista español. Los que conocimos y tratamos a Carrocera, unos desde la más tierna infancia, como compañero de escuela, juegos y travesuras, y otros desde que su amplia sed de justicia social lo condujo al Sindicato, su asesinato significaba la desaparición de un hombre que dedicó sus mayores afanes y sus mayores energías al logro de una sociedad libertaria. Desde aquella fecha, la militancia confederal asturiana estaba en deuda con Carrocera. Pero unas veces por falta de datos y otras porque las circunstancias no lo permitían, fueron transcurriendo los años sin que el homenaje póstumo, en tantísimas ocasiones esbozado, se llevara a efecto. Por eso hoy, que a través de este breve relato pretendemos cumplir con el deber a que obliga la gigantesca figura de Carrocera, del hombre inigualable por su bravura, poseedor de una abnegación rayana en lo sublime y con una indómita voluntad para enfrentarse a todo lo que representara injusticia, queremos que a todos los jóvenes españoles, y principalmente a los felguerinos, les sirva de estímulo la ejemplar vida y la no menos ejemplar muerte de Higinio Carrocera Mortera.

LA FELGUERA

La Felguera es, sin duda alguna, el pueblo más acogedor de Asturias. Rodeado de montañas, en su mayor parte horadadas por los llamados topos humanos; semicubierta durante el día por los penachos de humo que al aire lanzan las chimeneas de sus variadas industrias, e iluminada durante la noche por el respandor de sus Altos Hornos, a cuyas bocas se han agostado ya varias generaciones, La Felguera es el símbolo más elocuente del esfuerzo manual y técnico en pos de la conquista del pan y del progreso.

La amable acogida que los trabajadores felguerinos dispensan al forastero, hace que se anhele la presentación de una nueva oportunidad para repetir la visita. Sencillos en el trato, afables en el ofrecimiento y sinceros en sus manifestaciones, sin que a ellas aflore el más leve atisbo de disimulo o doblez,

han conquistado, con tales dotes, el lugar preeminente que ocupa en el movimiento social español.

Sabido es que las grandes convulsiones sociales son consecuencia, principalmente, de las necesidades económicas de las masas en estrecho contacto con minorías idealistas. Pues bien, en La Felguera no hay masas, si por masa entendemos la frase de Ortega. La clase trabajadora felguerina, salvo muy raras excepciones, es respetuosa y tolerante con los criterios ajenos, y expone y defiende los suyos con razonamientos unas veces, con la gallarda valentía de los titanes, otras.

En este ambiente de afabilidad, sencillez, tolerancia, comprensión, respeto y sinceridad, nació y vivió luchando uno de los más esforzados paladines del anarcosindicalismo asturiano: Higinio Carrocera Mortera. Pero para llegar a ese grado de compenetración mutua; para que todo un pueblo laborioso haya llegado a identificarse con los ideales anarcosindicalistas, ha sido preciso el transcurso de mucho tiempo, con toda su secuela de sacrificios, persecuciones, iniquidades..., todo vencido merced al tesón y a la perseverancia de quienes, vivos unos, muertos ya otros, pusieron su saber, sus dotes de organizadores, su capacidad de trabajo orgánico, su entereza para enfrentarse, sin arriar la bandera representativa de sus ideales, a cuantos obstáculos les iban presentando los que más interesados estaban en que la clase trabajadora felguerina no llegase a constituir ese bloque compacto que desde hace tantos años ofrece como ejemplo de compenetración y unidad a los que, acaso más inteligentes, obligado es calificar de más torpes, por no poner su inteligencia al servicio de esa gran *unidad* que La Felguera —repetimos— presenta ante propios y extraños como paradigma experimentado en el decurso de tantos años de lucha en pos de una sociedad más justa y equitativa que la presente.

CENTRO OBRERO "LA JUSTICIA"

Desde los tiempos más remotos, el hombre se ha esforzado siempre por conquistar cuanto se le había arrebatado en virtud de la fuerza o del engaño. Luchando contra sus propios semejantes, que por la conservación de unos privilegios adquiridos con malas artes no titubearon antes, como no titubean ahora, en el empleo de cualquier procedimiento, por brutal y sanguinario que éste sea, el trabajador, con heroísmo sin igual, ha ido adquiriendo personalidad y conciencia de sus actos, hasta ser una pieza fundamental en la organización de todo lo que se hace.

El papel desempeñado por los anarcosindicalistas españoles en el logro de esa personalidad, de esa conciencia, no escapa ni a las mentes más enemigas. Y aunque no es nuestro propósito señalar lo ya escrito por plumas más autorizadas, sí es justo decir que en La Felguera se ha incubado una de las secciones más puras con que el anarcosindicalismo español contó

y cuenta en España. Dicho incubamiento, individualista al principio y después colectivo, culminó y adquirió su total desarrollo con la construcción de lo que se llamó Centro Obrero "La Justicia" (en la actualidad es una de tantas casas de España que sólo sirve de refugio a parásitos y advenedizos del francofalangismo, con muy buenas retribuciones y escasas obligaciones).

De líneas sencillas, como sencillo es todo lo felguerino, y sin que ningún estilo arquitectónico se pueda jactar de estar representado en el Centro Obrero "La Justicia", desde los cimientos hasta la última teja ha sido construido con el sudor y el sacrificio económico de aquellos primeros anarcosindicalistas que supieron crear el centro recreativo y cultural necesario a sus anhelos divulgadores de las ideas sustentadas.

Dieron comienzo los trabajos el año 1902 y fueron sus iniciadores e impulsores, entre otros muchos que escapan a la memoria de los todavía escasos supervivientes, Alfredo Riestra, Dimas Posada, José Mata, Francisco Sierra, Benigno Velasco (Casín), Alfredo Alvarez, Faustino Díaz, Elías Fonseca, José Portal, Florentino Zapico, Horacio Manzaneda, José Antuña Pérez, Manuel Fanjul, Rudesvindo Aller, Jesús Rodríguez... Todos los mencionados, y bastantes más cuyos nombres no se recuerdan, sin que por ello queden relegados a la admiración a que obliga su participación en el hecho, aceptaron voluntariamente la responsabilidad de levantar el Centro Obrero "La Justicia" y ellos fueron, por libre elección de sus respectivos compañeros de trabajo, los primeros en ocupar cargos en los diferentes Sindicatos domiciliados en dicho centro.

Los medios con que contaban los que aceptaron la responsabilidad constructiva de "La Justicia" era el sobrante de las cuotas mensuales establecidas en aquella época (0.60 pta.) para la administración y la propaganda. Como es fácil suponer, no obstante el valor de la peseta en aquellas fechas, poco quedaría de dicha cuota para destinarlo al levantamiento del Centro Obrero. De ahí que el sacrificio de aquellos entusiastas y bravos luchadores adquiera hoy, a nuestros ojos, novatos en estas lides, aunque presumamos de veteranos, caracteres de epopeya.

Con una jornada diaria de doce horas de trabajo agotador, todavía les sobraban fuerzas a bastantes afiliados —fuerzas que a muchos nos faltan para otros menesteres más fáciles— para trabajar en la construcción, gratuita y desinteresadamente, de aquel edificio, sin más ambición que la de ver concluido un local propio donde poder reunirse para analizar los problemas que les afectaban y discutir la mejor forma de defender sus derechos contra la avaricia capitalista, además de sembrar aquella semilla redentora llamada anarcosindicalismo, que llegó a constituir la pesadilla de cuantos, por una u otra razón, tuvieron y tienen que responder de sus vilipendios, de sus injusticias, de sus inmoralidades...

Pero como lo sobrante de las cuotas y la ayuda corporal de muchos afiliados no eran suficientes para terminar la obra con la rapidez deseada, acordaron establecer una especie de

cuotas-acciones voluntarias de cinco, diez, quince, veinte y veinticinco pesetas, que abonaban todos aquellos cuya situación económica se lo permitía, así como otros muchos que jamás escatimaban su aportación cuando ésta conducía a beneficiar a la clase trabajadora en general.

Otro de los medios empleados para conseguir fondos eran las colectas en todos los actos de propaganda que se celebraban en la localidad, colectas que también producían sus rendimientos, pese a que el jornal de aquellos tiempos era de 2.25, 2.50 y, como máximo, 3.50 pesetas.

Al año de haber empezado los trabajos (1903) se dio por terminada la construcción del Centro Obrero "La Justicia", celebrándose la inauguración con un acto público, de cuyos participantes no poseemos datos, por lo que sentimos que sus nombres no puedan figurar en esta descripción que hacemos del centro en cuestión.

Con el transcurso del tiempo, se impuso el relevo de aquellos primeros directivos. Gente joven y dinámica, bien identificada con los postulados ácratas, fueron sucesivamente haciéndose cargo de los puestos que, con harto sentimiento, iban dejando, más por el peso de sus años que por cansancio, aquellos primeros luchadores de quienes todos, *todos*, tenemos tanto que aprender.

Los Riestra, Posada, Mata, Sierra, etc., etc., fueron sustituidos por Francisco Rodríguez, Avelino Vega, Joaquín Iglesias, Jerónimo Riera, Antonio Loir, Teófilo Gutiérrez, Jerónimo Martín, Aquilino Moral, Secundino Geijo, Cándido Ortega, Pedro Martín Díaz, Herminio Prieto, Senén González, José Fueyo, Eladio Fanjul, José Antuña (Pin), Higinio Carrocera, Antonio (Sandín), Etelvino Fernández, Baltasar Yáñez, Muñiz, Celestino Fernández (Topu), Molledo, Primitivo, Ramón Hevia, Manuel Aller, Enrique Foira, Constantino Antuña...

Recordemos también con emoción a un numeroso grupo de compañeros formados en los sindicatos, jóvenes que supieron participar en la lucha y casi todos muertos en combate o fusilados por la bestialidad triunfante. He aquí algunos nombres (muy pocos consiguieron salvar la vida): Rufino Duarte (conserje del Centro Obrero "La Justicia"), Etelvino Vallina, Faustino González, Luis González, Francisco Rodríguez, José Gutiérrez, Jarín, Pipi, Constantino García, Benjamín Aguirrezabalaga, Victoriano Fernández, Antonio Carrocera, Onofre, Fonseca, Aladino Huerta, Avelino Roces, Florentino García, Primitivo Sión, Luciano Fernández, Manuel Basanta, Antonio Díaz...

No podemos ni debemos continuar sin antes dejar constancia, como demostración palmaria de la comprensión y tolerancia de los trabajadores felguerinos, de que, aunque los Sindicatos domiciliados en el Centro Obrero "La Justicia" estuvieron siempre orientados por la tendencia anarcosindicalista, por la inclinación que hacia este ideal tenía la inmensa mayoría de los afiliados, la afiliación y cargos directivos jamás estuvieron vedados a otros trabajadores de tendencia demócrata, republicana, socialista, liberal...

Cuando el año 1911 quedó constituida la *Confederación Nacional del Trabajo (C.N.T.)*, los Sindicatos del Centro Obrero "La Justicia" no titubearon ni un momento en adherirse a dicha organización, constituyendo, desde entonces, uno de los eficientes baluartes de la C.N.T. Por eso la brillante y pujante participación revolucionaria de los Sindicatos felguerinos en pro del anarcosindicalismo merece ser destacada en cualquier documento en que se hable de las luchas mantenidas por el proletariado español en contra de la succionadora sociedad capitalista.

Otra de las preocupaciones que tuvieron en todo momento los dirigentes del Centro Obrero "La Justicia" fue la de enriquecer su gran biblioteca. Libros de texto que comprendían todas las ramas del saber, así como obras y novelas de variada lectura de escritores españoles y extranjeros, cualesquiera que fuesen sus ideologías o creencias, incluyendo destacados escritores de la Iglesia católica, repletaban sus anaqueles. Cuando se produjo la sedición militarfascista, contaba esta biblioteca con más de 10,000 volúmenes, aparte del gran número de obras científicas, históricas, filosóficas, etc. Pero los "civilizados cruzados" del año 1936 lo destruyeron todo. ¡Y pensar que el huno Atila sigue ocupando el puesto número uno de bárbaro!

A la formación ideológica del proletariado felguerino, además del libro, el folleto y la prensa, contribuyeron poderosamente las propagandas orales. Por la tribuna del Centro Obrero "La Justicia" pasaron infinidad de autorizados oradores anarcosindicalistas, tales como José Valdés, muerto hace tiempo en la Argentina, en accidente de trabajo; Sacramento Lafuente, Guillermo Fernández, Aurelio Menéndez, Otero, Marcelino Suárez, Pedro Sierra, Laureano Piñera, Manuel Gómez, Antonio Amador, Rafael Vidiella, Hilario Arlandis, Jesús Arenas, Eleuterio Quintanilla, José Villaverde, Angel Pestaña, José María Martínez, Avelino González Mallada, Eusebio C. Carbó, Manuel Buenacasa, Juan Peiró, Vicente Orobón Fernández, Federica Montseny, Joaquín Sierra, Segundo Blanco...

La tolerancia de que siempre dio pruebas la militancia confederal felguerina permitió que también fuese ocupada la tribuna del Centro, numerosas veces, por destacadas personalidades de distintas tendencias, verbigracia: Pablo Iglesias, Melquiades Alvarez, Alvaro de Albornoz, Adolfo y José Buylla, Adolfo Posada, Eduardo Barriobero, Dr. Queraltó, Alfredo Pumariño, Angel Samblancat, Muñoz de Diego y otros muchos.

Cuando el trío militar-clero-fascio inició en España su "glorioso levantamiento", ocupaban cargos directivos en los Sindicatos muchos de los compañeros mencionados anteriormente, así como otros jóvenes valores que inmolaron su vida en aras de unas ideas, de una razón y de unos derechos indiscutibles, sin olvidar a muchos que las circunstancias aconsejan omitir. Todos ellos, y antes de que el gobierno legítimo de España diera la voz de alarma, estaban en guardia para defenderse de la tiranía francofalangista, pero el apoyo de Hitler, Mussolini,

"los voluntarios salarzarianos"... y el Comité de No Intervención dieron al traste con todas las precauciones tomadas y con toda la resistencia que se ofreció al fascismo internacional concentrado en España.

Uno de los que más contribuyó y más expuso, dando muestras de un valor rayano en la temeridad y entusiasmo sin límites, bien patentizado en el movimiento revolucionario de octubre de 1934, levantamiento de Galán y García Hernández y en otros hechos huelguísticos locales, fue

Higinio Carrocera Mortera

Nació el mes de enero de 1908 en el pueblo de Barros, del Concejo de Langreo (Asturias). Hijo de un matrimonio obrero, con algunas propiedades de labrantío, como casi todas las familias del pueblo. Estas propiedades, trabajadas durante las horas libres, y en cuyas labores intervenía toda la familia, les permitía un medio de vida más desahogado, siendo, por tanto, entre la clase obrera del pueblo, de los que mejor podían desenvolverse. Transcurrió, pues, su infancia alternando las faenas agrícolas con su asistencia a la escuela primaria del pueblo. Más tarde, ingresó en otra de La Felguera, de igual categoría.

Cumplidos los trece años, falleció su padre. Al faltar éste, y siendo cinco hermanos —él era el segundo—, la familia no tuvo más remedio que pensar en allegar recursos con que atender al sostenimiento del hogar. Con la intervención de un vecino y amigo de la casa, Higinio comenzó a trabajar en los talleres de laminación de la Sociedad Metalúrgica Duro-Felguera, en cuya plantilla figuró hasta la declaración de la guerra civil española. Para entrar a trabajar, debido a no tener la edad reglamentaria, se inscribió con la documentación de su hermano mayor, a quien reclamaba desde América una familia allá afincada.

Su carácter rebelde, pero justo, se manifestó en él desde la más tierna infancia, pues cuando entendía que injustamente un chico mayor trataba de atropellar a otro más débil, decidido e incondicionalmente se ponía al lado de éste, sin tener en cuenta para nada la edad o corpulencia del avasallador. No obstante, siempre se mostró tolerante y humano con cualquiera, pero principalmente con el vencido. Mientras vivió y ya desde que en su cerebro comenzaron a germinar las ideas por las que luchó y murió, jamás se mofó de los que sostenían otras creencias o sustentaban otras ideas, sino que procuró, en toda ocasión, convencerlos con razones y hechos.

Debido a que ya desde tan corta edad se vio obligado a trabajar, su cultura era elementalísima. Mas llegado a la adolescencia, empezó a sentir gran afición por la lectura y el estudio, siendo de su predilección las obras de los grandes li-

brepensadores. Gracias a sus dotes naturales, interés y fuerza de voluntad, fue asimilando ideas y adquiriendo una más que mediana cultura, que lo ayudaron a convertirse en un buen polemista, aunque su dialéctica no respondiera a la realidad para desarrollar con buen exponente de palabras sus convicciones idealistas. Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Reclus, Engels, Marx, Tolstoi, Proudhon, Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella, entre otros, fueron sus predilectos autores y contribuyentes, con sus obras, a su perfilación como anarcosindicalista, consciente, sensato y razonador. Por otra parte, la tendencia revolucionaria que en todo momento caracterizó a los elementos obreros de La Felguera, también influyó en su formación ideológica. Su temperamento, asimismo, era un buen campo abonado para que la semilla diera su fruto. Por eso no es de extrañar que ya desde muy temprana edad empezara a perfilarse como un buen militante de la organización confederal felguerina.

La dictadura del general Primo de Rivera, con sus persecuciones e injusticias, acabó de convertirlo en uno de los elementos más efectivos del anarcosindicalismo asturiano.

Cuando el 12 de diciembre de 1931 los capitanes Galán y García Hernández se sublevaron en Jaca, sostuvo diversos tiroteos, junto con otros militantes de La Felguera, con la guardia civil de Sama de Langreo. Debido a esta participación armada contra las fuerzas llamadas del orden al servicio de una Monarquía corrupta y decadente, Higinio Carrocera Mortera sufrió su primera persecución. Este hecho fue, pudiéramos decir, su bautismo de fuego y su bautismo represivo, ya que desde entonces, hasta su asesinato, participó en cuantas huelgas revolucionarias hubo en La Felguera, cuenca del Nalón y resto de Asturias, sufriendo persecución y encarcelamiento no pocas veces.

Cotizando clandestinamente mientras los Sindicatos estuvieron clausurados, o públicamente cuando funcionaban con normalidad, perteneció siempre al Sindicato Metalúrgico y tanto en las asambleas del mismo como en cualquiera otra reunión, sus intervenciones eran sencillas y claras, pero ardorosas, dinámicas, enérgicas. Sobre su forma de intervenir, señalaremos una especie de anécdota suya. Se discutía el empleo de ciertos fondos, en cuya discusión se reclamaba la inversión de una cantidad determinada. Algunos asambleístas, quizá movidos por la noble intención de que la asamblea tuviera conocimiento del uso que se hacía hasta de la última peseta, o acaso guiados por la morbosa satisfacción de dejar en entredicho la conducta del responsable, exigían a éste que diera a conocer el destino que había tenido el dinero que faltaba para que el estadillo de cuentas fuese perfecto. Acorralado por las exigencias de los reclamantes y no queriendo declarar el verdadero empleo que se le había dado a la cantidad susodicha, el aludido se hizo reo de la malversación para usos particulares. Pero Carrocera, que conocía las verdaderas causas que habían obligado al res-

ponsable a hacerse reo de un delito que no había cometido, no pudo contenerse y exclamó.

—Es incierto lo que acaba de manifestar el compañero (todavía vivo). Y si él no dice la verdad, la diré yo.

Y continuó, diriginédose a la asamblea:

—El dinero que falta ha sido invertido en la adquisición de pistolas. A vosotros, que tan contumaces habéis sido tratando de saberlo, os conmino ahora para que me acompañéis a hacer uso de ellas antes de que las autoridades, por esta declaración mía, nos obliguen a presentarlas.

Participó en la revolución de octubre de modo activo y exponiendo cuanto había que exponer. Desde los primeros momentos se puso al frente de los grupos que tomaron al asalto los cuarteles de la guardia civil de La Felguera y Sama, cuartel de Carabineros de Oviedo y Fábrica de Armas, y en los ataques a otros reductos de la capital asturiana, retirándose a las montañas astures cuando se impuso la capitulación, capitulación necesaria por ser esta provincia la única que se levantó con todas las de la ley contra el despotismo y la reacción que iban preparando el terreno al levantamiento fascista del año 1936.

Detenido en Zaragoza en noviembre de 1935, fue traído a la Prisión de Gijón, procesándosele bajo la acusación de fomentar y ser líder de la revolución. En febrero de 1936, y sin llegar a ser juzgado, consiguió la libertad en virtud del triunfo electoral de las fracciones políticas de izquierda. Y como dijimos anteriormente, antes de que el gobierno legítimo de España se dirigiera a los trabajadores en demanda de ayuda para defender su legitimidad en contra de las pretensiones fascistas, ya él, junto con otros muchos militantes y afiliados de La Felguera, estaba dispuesto a lanzarse contra las mencionadas hordas que se leventaban por todos los rincones de España y posesiones españolas de Africa. Desde ese momento ya no hubo reposo para él.

Durante el tiempo que duró la guerra civil en Asturias, salvo en dos ocasiones en que se vio obligado a hospitalizarse, aunque por fortuna sus heridas no fueron de gravedad, trajo en continuo jaque al enemigo, atacando o defendiendo, según aconsejaran las circunstancias. En la rendición de los cuarteles de la guardia civil de La Felguera y cuarteles militares de Zapadores y Simancas, de Gijón; en los frentes de las montañas de Pravia, Cornellana, La Espina, Monte de los Pinos, Mazuco, etc., donde estuvo al frente de sus grupos o sus batallones, dejó constancia de su valor, de su coraje, de su capacidad guerrera y de sus dotes de conductor de masas. Jamás entre sus voluntarios hubo discrepancias ni protestas, pues por su dinamismo, por su compresión y por su ejemplar conducta, animaba al más rezagado y aumentaba el valor de los ya valientes. Si las botas de cualquiera de sus hombres estaban deterioradas y no había repuesto, rápidamente descalzaba las suyas y se las entregaba. Si a otro le faltaba la guerrera, la cazadora o

cualquier otra prenda, Carrocera era el primero en poner la suya a disposición del necesitado. ¿Quién, pues, podía tener fuerza moral para rechazar cualquier consejo suyo? Su nombre, muchas veces citado en los partes de guerra y en la prensa, jamás será olvidado. ¡Cuántos le han visto llorar de rabia o impotencia al retirarse de una posición obligado por la abrumadora superioridad numérica y en armas del enemigo! ¡Con cuánto denuedo y desprecio a su propia vida defendió siempre el terreno conquistado!

Citaremos tres hechos de aquel su valor temerario que contagiaba e impulsaba a las acciones más heroicas. Conquistada una de las alas del cuartel de Zapadores de Gijón, semiderruido por el cañoneo a que estuvo sometido durante el asedio, el enemigo, para cubrir la retirada hacia la Cárcel del Coto, primero, y hacia Simancas después, dejó preparados en la parte abandonada ciertos artefactos que explotaron, lo cual produjo heridos, muertos y el consiguiente desconcierto, logrando también sembrar el temor de que de un momento a otro podía volar todo el edificio. El miedo se hizo colectivo. Se abandonó la parte conquistada. Pero allí estaba Carrocera, el sentimental, el protector del débil, el indomable y enérgico ante el fuerte, sobre todo cuando éste pretendía abusar de su fortaleza, para poner orden en el caos reinante. Pisando hierros calcinados, escombros humeantes, tragando el humo que produjeron las explosiones, bajó y subió extendiendo los brazos, llorando y suplicando, hasta que se encaramó a lo más alto del muro y, desde allí, como un héroe legendario, con el fusil en alto, comenzó a gritar: "Arriba conmigo, que no pasa nada. Las explosiones han sido una estratagema de guerra. ¿Es que vamos a consentir que vuelvan por ser nosotros unos cobardes? ¿Es que no me veis a mí aquí, sin que nada me ocurra? ¡Arriba, compañeros, que el cuartel es nuestro!" Y efectivamente, arriba se fue otra vez. Bastaron aquellas palabras suyas, aquel gesto arrogante y desafiador para que, movidos como por un resorte, la ascensión se produjera con una rapidez no imaginada momentos antes.

En Mallecina, el enemigo hostigaba la carretera, los sembrados, todo lo que abarcaba el ángulo de tiro de sus ametralladoras. Desalojarlo de sus posiciones era difícil y peligroso, suicida en grado sumo. Mas allí surgió de nuevo Carrocera con su grupo de voluntarios. Subidos en un autocar, con el cigarrillo en los labios y los cartuchos de dinamita preparados (las bombas en aquel tiempo eran artículo de lujo), arrancó el vehículo a toda velocidad carretera adelante. Las huestes enemigas, sorprendidas quizá por la temeraria acción, o acaso admiradas de cómo aquel puñado de hombres, con Carrocera al frente de ellos, se jugaba la vida tan audazmente, abandonaron sus posiciones a marchas forzadas.

Durante tres días, el Mazuco estuvo sometido al más intenso fuego. Barcos de guerra, aviación, artillería de corto y de largo alcance, dirigían su mortífera carga hacia la posición

defendida por la brigada de Carrocera. Las bajas se multiplicaban. Escaseaban las municiones. El suministro se hacía difícil, casi imposible. La palabra abandono corría de boca en boca. Pero Carrocera estaba allí, junto a sus hombres, compartiendo con ellos el peligro, siendo uno más en la lucha activa, yendo de un lado para otro, animando al pusilánime, atendiendo al herido, diciendo a todos que la noche se aproximaba, y como durante ella los ataques enemigos no eran tan crudos ni sanguinarios, ¡quién sabe si al día siguiente...! ¡Pobre Carrocera: confiaba, como confiábamos todos en aquel tiempo, en el Comité de No Intervención, en las democracias, en la cuna del proletariado, en tantos factores que sólo nos sirvieron para ser carne de cañón, para explotarnos a cambio de armas anticuadas, para convertirnos en cobayos de sus conveniencias...! Tres veces, una cada día, el enemigo, cantando el "Cara al Sol" y creyendo que la metralla había dejado expedito el camino, avanzó monte arriba. Y otras tantas, Carrocera puso de manifiesto su arrojo, su temeraria valentía. Cuando las fuerzas fascistas menos los esperaban, salían Carrocera y sus hombres de las trincheras y, lanzándose monte abajo a pecho descubierto, arrojando cada uno lo que podía: piedras, cajas vacías de municiones, todo menos balas, porqu eéstas había que reservarlas, hacían huir a las tropas enemigas. Hasta que llegó lo inevitable. Ni un momento más se podía resistir aquel martilleo incesante de la artillería, de la aviación, de la marina fascista internacional... Carrocera se dispuso entonces a evacuar las posiciones que con tanto ardor y valentía había defendido su brigada. Pero hasta que el último de sus soldados no abandonó el puesto que con tanto arrojo había defendido, no inició su propia retirada. Después..., la condecoración más alta que podía recibir, porque se la dieron los mismos que con él habían efectuado tan epopéyica resistencia: Héroe del Mazuco.

La noche del 20 al 21 de octubre de 1937 será recordada siempre por todos los antifascistas asturianos y por los que, sin serlo, se encontraban en Asturias luchando. No es nuestro intento relatar lo ocurrido en aquellos trágicos instantes, porque para ello precisaríamos de tiempo y espacio, y aquí sólo se trata de rendir el homenaje póstumo que debíamos a Higinio Carrocera Mortera; por eso seguiremos la narración en cuanto su nexo directo con la personalidad del Héroe del Mazuco.

En los frentes de batalla se hallaba Carrocera cuando ya muchos barcos repletos de combatientes y elementos responsables en organismos de retaguardia se habían hecho a la mar en busca de la salvación.

Carrocera fue de los últimos en embarcar, y más que embarcar diríamos que lo obligaron a ello, pues al no haber sitio para todos, se negaba tozudamente a poner pies en el "Llodio", demostrando, con su actitud, una vez más, que si era el primero ante el peligro, sabía ser el último ante la problemática salvación que ofrecía la huida en barcos no preparados para

ella, aparte de la vigilancia que ejercían sobre la costa navíos de la marina fascista española, italiana, alemana... Mas reconociendo cuantos lo conocían, y eran todos los que se encontraban en el "Llodio", que Carroceras había muy pocos, lo metieron a la fuerza en el buque, deseando con todo anhelo que pudiera arribar a feliz puerto.

El barco de carga donde embarcó —ya dijimos que el "Llodio"— fue capturado el día 21 de octubre de 1937 por los navíos de guerra italianos que en aquellos momentos infestaban el Cantábrico, haciéndose pasar por españoles y principalmente por el "Júpiter", el cual merece ser mencionado por las circunstancias tan especiales de "su actuación", ya que se dio el caso extraordinario, sobrehumano, de haber sido capturados barcos con tropas que pretendía evacuar, a la misma hora, en sitios tan distantes entre sí como son la altura de Bilbao y la altura de Galicia, hablando en términos marinos, y en otros cuatro o cinco lugares más entre ambas posiciones, todo ello corroborado por la prensa y emisoras fascistas de que disponían en los territorios por ellas ocupados, ocurriendo tales capturas ante la pasividad de casi todos los barcos ingleses que patrullaban por las aguas mencionadas en representación del tristemente recordado Comité de No Intervención, a sabiendas de que los prisioneros eran hombres destinados a comparecer ante Consejos de Guerra sumarísimos donde las penas de muerte se pidieron con tanta celeridad, que todos los fiscales fueron apodados "la ametralladora". Y decimos que casi todos los barcos ingleses porque, en honor a la verdad, hubo un corto número, acaso tres o cuatro capitanes ingleses, que recogieron al personal de algunos transportes a punto de naufragar, por la carga excesiva que llevaban y el malísimo estado de los buques, muchos de ellos haciendo agua por varias partes. Incluso hubo un capitán que se opuso, con amenazas de disparar, a que llevasen a efecto rehenes con quienes saciar sus instintos de "cruzados".

Conducido a El Ferrol y de allí a Coruña, lo desembarcaron en Muros de Noya, bahía de Concurbión, el día 4 de noviembre de 1937 y lo internaron en el campo de concentración de "Romaní", a donde efectuó una de sus nefastas visitas el triste y mal recordado Menchaca, jefe de la Policía Urbana de Gijón, el cual habló con un sujeto de Gijón, preso también en dicho campo y que conocía e incluso tenía amistad con Carrocera (Pacán era el apellido, y decimos era porque ya falleció, del sujeto en cuestión, que en sus años mozos se dedicó al pedrestismo, sospechándose que en pago a su servicio la condena que le impusieron fue extremadamente benigna). Pues bien: hay quien aporta pruebas de que de aquella entrevista salió descubierto el nombre y la personalidad de Carrocera, que se había hecho registrar con el nombre de Vidal Fernández Fernández.

El 28 de diciembre de aquel año, y en unión de otros compañeros, fue trasladado al campo de Vieta, en el otro extremo de la playa de dicha bahía de Concurbión. Al día siguiente

de su traslado, fue requerido por su nombre supuesto e invitado por el capitán del campo a que diera su verdadero nombre, cosa que hizo al comprender que estaba descubierto. Mas antes de dar el consabido paso al frente, el compañero Trom, de Gijón, intentó convencerlo para suplantarlo y ver si mientras se descubría la superchería podía fugarse. Pero Carrocera, con su característica entereza y serenidad, se negó rotundamente con estas palabras:

—No, no puedo consentir que nadie corra riesgos por eludir yo mi responsabilidad revolucionaria.

El capitán del campo en cuestión, y en honor a la justicia, se portó con Carrocera como un auténtico caballero, oponiéndose a entregarlo a tres chequistas que, al enterarse de su estancia en el nuevo campo, se presentaron en el mismo con el propósito de hacerse cargo del prisionero sin autorización de ninguna clase. Tales aves carniceras eran un guardia civil, hijo de un barbero de Sama, el nefasto "Cajolillo", individuo indeseable en cualquier sociedad, y otro de idéntica catadura a la del anterior, llamado Manolín, hijo de un maestro de los talleres de fundición de la Sociedad Metalúrgica Duro-Felguera, que se llama Rufón. Es fácil suponer que estos tres ejemplares del "Por Dios, por la Patria y el Rey", al ser defraudados en sus "cristianos" propósitos, telefonearan a Oviedo advirtiendo lo que ocurría, puesto que el día 1º de enero de 1938 se personaron en el campo, en coche ligero, una pareja de la guardia civil y otro criminal llamado "El Virgu", natural de Puente de La Felguera, con la orden "legalizada" de entrega, trasladándole en el mismo coche con todo género de precauciones, pero sin ser mayormente molestado, a la cárcel de Oviedo, en la que permaneció hasta su fusilamiento. Con las manos atadas a la espalda, ora mirando a los tres individuos que lo escoltaban, ora con la vista puesta en los compañeros, muchos de los cuales no pudieron evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos, brillando en su mirada la muda elocuencia de aquella postrer despedida, pronunció con voz clara, tan clara y fuerte como cuando al capturar su barco gritó ¡Viva la Revolución Social!, apagando con su grito el de algunos pusilánimes que clamaban porque no dispararan o daban gritos a Cristo Rey!

—¡Salud, compañeros, y que tengáis más suerte que yo!

Ya en la prisión de Oviedo, y antes de ser juzgado, lo condujeron ante el general Latorre, que usurpaba la gobernación militar de Asturias y que recientemente ha sido nombrado hijo adoptivo de la provincia, manteniéndose entre ambos una interesante conversación.

Empezó el militar preguntándole si estaba dispuesto a formar un batallón e ir al frente, contestando Carrocera afirmativamente, pero con la condición de que le permitieran escoger los hombres con que había de constituirlo y le dieran la dotación completa de un soldado en campaña para cada uno.

—Suponiendo que aceptase tal condición, ¿qué haría usted una vez llegado al frente? —le preguntó Latorre.

—Algo muy sencillo y de acuerdo con mis convicciones idealistas —replicó Carrocera—. Llegado que hubiera a la retaguardia enemiga, ordenar fuego a discreción y avance hasta enlazar con el ejército amigo y legítimo de España.

Con estas manifestaciones sabía que dictaba su propia sentencia de muerte, pero demostraba, una vez más, su entereza, su valor, su lealtad. Teniendo en cuenta que trataba con un traidor, pudo haber fingido y llevar a efecto más tarde sus intenciones; mas en su cerebro no había sitio para maquinaciones que pudieran menospreciar su persona y la promesa dada de defender una bandera, aunque los dirigentes de esa enseña, antes de la sedición miiltar-fascista, se hubieran portado con él de forma muy poco caballerosa.

Parece que el general Latorre, al principio de la entrevista, concibió cierta esperanza de conseguir la colaboración de Carrocera; pero al ser defraudado en su intentona, montó en cólera y con grandes ademanes dio orden para que retiraran al prisionero de su presencia. Este fracaso suyo, al que lo condujo su ignorancia sobre el temple de Carrocera, lo tuvo muy en cuenta dicho general más adelante, con motivo de haber llegado a su conocimiento ciertos intentos concebidos por los condenados a muerte. Pretendían éstos hacer un plante e intentar la fuga, pues ante la disyuntiva de todo perdido o la remota esperanza de salvarse, no era dudosa la elección. Pero este parecer, para Higinio Carrocera Mortera, no era razonable, puesto que suponía pensar sólo en sí mismo y en la cárcel había muchos otros, condenados a años y retenidos militarmente, que, de momento, estaban salvados, y con los cuales no se había consultado. Por tanto, de llevarse a efecto tal plante, caerían las represalias sobre todos y él era partidario de someterse a las circunstancias, sacrificando las vidas de los que la suerte se apartó para salvar aquellas que el designio había favorecido. Y como en tantísimas ocasiones, triunfó el buen pensar y los razonamientos del magnánimo Carrocera.

Los propósitos mencionados llegaron a conocimiento de los funcionarios, y éstos, a su vez, se los trasmitieron al general Latorre, el cual, no obstante saber con certeza la participación de Carrocera en la disuasión de los intentos de sus compañeros, ordenó inmediatamente la separación e incomunicación más absoluta de Higinio en la celda de castigo llamada "La leona", denominada así por el terror que infundía a los que a ella iban a parar castigados, por los tratos criminales que se les infligían.

Con una sola manta y baldeando continuamente la celda, para que no pudiera acostarse, sometido a racionamiento de pan y agua, estuvo Higinio en la citada "Leona" de doce a quince días. No ignoraba Latorre —repetimos— que la no alteración del orden se debía a Carrocera, pero no podía perdonarle el fracaso que había sufrido en sus deseos de atraerlo al campo fascista. También cabe suponer, sin que ello sea descabellado, que con la oposición de Carrocera a los intentos

de sus compañeros condenados a muerte de jugarse el todo por el todo, se le escapaba a Latorre la oportunidad de ametrallar a toda la población penal de Oviedo, ya que por aquellas fechas, en todas las prisiones circularon rumores de que cualquier pretexto sería bueno para exterminar a los prisioneros, librándose, con tal aniquilación, de la onerosa carga que para los sublevados representaban la manutención y la vigilancia de sus víctimas. Tales rumores llegaron a conocimiento de los reclusos por conducto de algunos funcionarios, que sin haber perdido sus sentimientos humanitarios, y temerosos de verse envueltos u obligados a participar en tan horrendo crimen, aconsejaban, a los penados de más solvencia y prestigio, calma y moderación.

Excepto los doce o quince días que permaneció castigado en "La leona", y mientras no lo ejecutaron, lo tuvieron rigurosamente incomunicado en la celda 13 de la segunda galería.

A mediados de abril, y a puertas cerradas, fue juzgado y condenado a la última pena en unión de otros catorce compañeros. Los componentes de aquel tribunal de guerra que representó tan bien la pantomima de invertir los papeles, bien merecían, como todos los que actuaron en una u otra población, el calificativo con que los bautizó un antifascista gijonés apodado "El Carballu", cuyo nombre y apellidos sentimos no conocer, por lo que rogamos perdón a cualquier familiar que lea este escrito por hacerlo figurar con el apodo con que era conocido por nosotros: *checa disfrazada* que denigraba los entorchados que lucían. La farsa duró dos horas. Dos horas en que el fiscal, apodado ya "la ametralladora", se despachó a su gusto e hizo gala de una oratoria ajena por completo a cualquier término y conocimientos jurídicos. Entre otras acusaciones, le formularon la de haber hecho labor en la retaguardia, con toda su secuela de actuaciones vandálicas, etc., a lo que Carrocera, con aplomo y gallardía, contestó que él no había nacido para la retaguardia, sino para los frentes de batalla, ofreciendo siempre, siempre, su corazón a las balas y en holocausto a la libertad y a la justicia. "Por eso vuestras pretensiones —siguió diciendo— pasan por mi lado sin mancharme. Vosotros, el enemigo, podéis acusarme de haceros pagar muy caro el terreno conquistado; pero no puedo ni debo callar que vosotros, serviles y ruines vejestorios, me acusáis de actos denigrantes, propios de los muchos cobardes que existen en la parte de España que vilipendiáis."

Cortando las palabras de Carrocera, sin respeto alguno a los ilustres "venias" que no esperaban la enérgica reacción del acusado, el fiscal comenzó a pedir las penas de muerte de rigor, pues en aquellos tiempos eran para todos los que se sentaban en el banquillo de los acusados.

Reincorporado a la celda número 13 estuvo en ella hasta el día 8 de mayo de 1938, fecha en que, en unión de otros 259 antifascistas, fue asesinado y enterrado en la gran hoyanca llena de cal. El citado día 8 de mayo de 1938 se acabó la vida

del joven (treinta y ocho años recién cumplidos) luchador extraordinario y noble Higinio Carrocera Mortera, que prefirió la muerte antes que traicionar sus ideales, rechazando, con repugnancia y orgullo varonil, la proposición que pudo salvarlo.

Al ser sacado de la prisión con rumbo al cementerio, pretendió animar con frases de aliento a los que quedaban; pero las fuerzas encargadas de la escolta y del fusilamiento, hundiendo sus machetes una y otra vez en las carnes de Carrocera, le produjeron diversas heridas. Manando sangre, llegó hasta la misma hoyanca. Solamente le faltaba la corona de espinas para semejar al Cristo en nombre del cual la España franco-falangista robaba, asesinaba, violaba... No obstante su debilidad por la pérdida de sangre sufrida durante el trayecto, todavía tuvo arrestos para solicitar ser cambiado por otro joven que no podía resistir el fusilamiento de los compañeros que por grupos iban realizando, trueque que fue concedido por el jefe del pelotón, previa consulta con el clérigo, que lleno de satisfacción esperaba verlo caer desmayado, pues su agotamiento era bien perceptible, satisfacción que no pudo deleitar al sacerdote, el cual, lleno de cólera, lo remató con el tiro de gracia, labor que venía ejerciendo con la mayoría de los fusilados. Mas antes tuvo que oir el perdón que Carrocera concedía a los soldados del pelotón de ejecución mezclados con fuerzas de la guardia civil, diciéndoles que no eran responsables, los soldados, de acto tan criminoso, pero que tuvieran presente el día muy próximo (¡pobre Carrocera!, exclamamos otra vez) en que tendrían que enfilar sus fusiles a la cabeza de los traidores que entonces les mandaban. Y con los puños en alto, en un alarde de coraje y potencia, rompió las esposas que atenazaban sus muñecas, y dando vivas a la CNT, a la unidad proletaria dentro de los Sindicatos, a la República y a la libertad, ordenó: ¡Fuego!

El domingo 8 de mayo de 1938 cayó un valiente con el pecho descubierto a las balas de la opresión y de la tiranía, derramando su sangre generosa en aras de la libertad y de la justicia social. Un valiente que, al ser recordado, y lo es en todos los momentos, obliga a que un velo de infinita tristeza empañe los ojos de cuantos tuvimos el honor de conocerlo, de tratarlo, de luchar a sus órdenes en algunas ocasiones. Un valiente que cuando se cita su nombre, y se cita siempre que es preciso expresar algún término comparativo de valentía, provoca la admiración de los jóvenes, y la nostalgia en los viejos, que mueven la cabeza súbitamente como diciendo que será muy difícil que la CTN de Asturias vuelva a tener un elemento de tanta valía, de tanto corazón, de tanta sinceridad para sentir las ideas anarcosindicalistas...

Una particularidad debemos hacer constar. Ningún domingo, ni antes ni después de ser fusilado Carrocera, se efectuaron ejecuciones, respetando ese día como el elegido por Dios para descansar. Sin embargo, el 8 de mayo de 1938 llevaron a efecto una de las más espantosas carnicerías, quizá temero-

sos de que las numerosísimas firmas que por toda la provincia se iban recogiendo pidiendo su indulto, tanto por parte de elementos de influencia derechista como de indefinidos, dieran resultado satisfactorio y no se pudiera cumplir la ignominia de acabar con la vida de un hombre noble para cualquier semejante y en cualquier tiempo y lugar.

Otra circunstancia que asimismo hemos de mencionar era la costumbre de arrancar a los fusilados las dentaduras de oro. Carrocera, que tenía unas diez o doce piezas macizas y fijas de oro, sabedor de esa clase de rapiña, las arrancó con el mango de su cuchara, y con ellas otra pieza natural que, por su fijeza a las otras no pudo dejarla, siendo imaginable el sufrimiento que esta acción le reportó; mas todo debió soportarlo con su inigualable estoicismo antes que el enemigo dispusiera de algo suyo con que pudiera contribuir al fortalecimiento económico de una causa injusta.

ANECDOTARIO

No queremos terminar esta semblanza sin relatar alguna anécdota suya. Porque si el realismo de un lienzo, la distribución de un edificio o la profundidad de un pensamiento descubren al filósofo, al arquitecto, al pintor, ellas, las anécdotas, bastarán por sí solas para que quienes no conocieron ni trataron a Carrocera se percaten de la nobleza de sus sentimientos, de su carácter jovial y humano, y, sobre todo, de su sinceridad para condolerse y remediar las desgracias ajenas.

Contaba de diez a doce años cuando cierto día, yendo en dirección al colegio en La Felguera junto con otros escolares de su edad, oyó lastimeros quejidos y los insultos que algunas mujeres proferían contra el propietario de una pomarada cercana a la carretera general y lindante con el río Cundían, a la sazón con muy poca agua, por ser época estival.

Enterado de que los ayes eran lanzados por un niño de ocho o nueve años, debido a que el dueño de la citada pomarada lo había lanzado a unos matorrales de ortigas completamente desnudo, por haberlo sorprendido cogiendo unas manzanas, no titubeó un instante y, con la decisión que años más tarde le dieron fama y nombradía, se puso al frente de cuatro o cinco de sus acompañantes que se prestaron a secundar el plan brevemente expuesto. Vadearon el casi seco río provistos de unas estacas arrancadas en otra finca próxima y arremetiendo contra el salvaje propietario y un fiero perro de éste, obligaron a las dos fieras a retroceder y a refugiarse en una choza sita en la pomarada, donde los encerraron, no sin antes darles una más que fenomenal paliza, procediendo a renglón seguido a rescatar a la víctima de tan inconcebible salvajada de las ortigas que dejaron su cuerpecito cubierto por una sola ampolla.

Este acto de valentía y de auténticos sentimientos humanitarios, impropio y poco corriente en seres de tan corta edad,

fue comentado elogiosamente por el pueblo entero. ¡Hasta la guardia civil, a la que el criminal propietario acudió para presentar la oportuna denuncia por las contusiones recibidas, tuvo frases de simpatía para Carrocera y sus amigos!

Cierta noche de invierno en que la lluvia y el frío eran insoportables, se presentó en su casa sin chaqueta ni zapatos. Preguntado por sus familiares dónde había dejado aquellas prendas tan necesarias, contestó que acababa de dárselas a un desharrapado que se había cruzado en su camino. Y se acostó tranquilo, mientras sus deudos movían la cabeza y llevaban los dedos a las sienes como diciendo que estaba loco.

El 22 de mayo de 1932, las Juventudes Libertarias de Asturias, León y Palencia organizaron una jira-concentración al Puerto de Pajares. El cielo, completamente despejado y el Sol desparramando sus rayos sobre aquellas alturas, contribuyeron a que los excursionistas quisieran disfrutar de la Naturaleza sin traba alguna. Pero bien fuese porque no estaban acostumbrados a recibir tan directamente la intensidad del Sol, o porque pretendieran hacerlo sin adoptar las debidas precauciones, o porque la piel no era apta para soportar semejante calor, el caso fue que la mayoría, principalmente mujeres, sufrieron las consecuencias de la exposición solar. Varias compañeras mostraron a Carrocera, que era uno de los organizadores, las espaldas y los hombros con las señales características de un prolongado abuso del Sol. Compungido de veras, sin poder ocultar su preocupación, no descansó ni un segundo de prodigar atenciones y remedios hasta que vio las quemaduras en vías de estancamiento y curación. Conociendo la nobleza de sus sentimientos, excusado es decir la sinceridad con que lamentaba que todo el daño sufrido por unos y otras no hubiera caído sobre sus espaldas. Pero, le dijo un amigo en plan jocoso. "¡Qué Sol va a quemarte a ti, si tienes piel de elefante!"

El 16 de septiembre de 1934, y con motivo de un acto de confraternización entre los compañeros de La Felguera y de Gijón, en Noreña, algunos de ellos, dotados de una voz agradable, deleitaron a los demás con canciones diversas. Higinio, que pocas veces faltaba a estos actos fraternos, se hallaba presente, felicitando a los que tan bien contribuían al alegre curso de la reunión. La Naturaleza, que tan pródiga se había mostrado en cuanto a sentimientos, sencillez y demás dotes que hemos reseñado, había sido, en cambio, remisa respecto a sus condiciones para el canto. Los que conocían el secreto, v sin más propósito que bromear y poner a prueba la jovialidad de Carrocera, insistieron para que brindase por la fraternidad humana con una canción de las suyas. Al negarse a ello, aumentó el interés de los reunidos por escuchar las melodías de sus canciones. Se multiplicaron los ruegos, creyendo que estaban ante un superdotado que, modestamente, negaba poseer lo que los otros le atribuían. Hasta que no pudiendo consentir el engaño a que habían llegado los insistentes, y para que no hubiera duda alguna de su personalidad para no dar marcha atrás por

difícil que fuese la cuestión a que se le emplazara, carraspeando un poco, abriendo sus manos y adelantando el cuerpo, aceptó satisfacer la curiosidad despertada por las manifestaciones de sus más íntimos. Abrir la boca y producirse la desbandada general fue todo uno. El hombre que con una sola voz conseguía atraer a su lado a miles y miles de semejantes para iniciar el avance hacia una cota enemiga, no era capaz de articular una sola palabra musical.

COLOFON

Sentimos que nuestra inspiración no haya sido capaz, literariamente hablando, de reflejar cuanto merece el Héroe del Mazuco. Para suplir esta falta de numen hemos puesto todo nuestro fervor admirativo y toda nuestra veneración al servicio de su homenaje póstumo. Sabemos que su gesta será difícil de igualar. ¡Era muy grande Higinio para que nosotros, enanos a su lado, pretendamos emularlo! Todos los siglos vienen descubriendo un hombre en las distintas ramas de las ciencias o de las artes. El hombre del siglo actual, en cuanto a valentía, nobleza y sencillez, no puede ser otro que Higinio Carrocera Mortera. Don Quijote vivió loco y murió cuerdo. Higinio vivió y murió con toda su lucidez mental, pero siendo, en todo momento, un niño-hombre y un hombre niño. Hombre, porque, pese a todas las circunstancias, adversas o favorables, jamás se apartó de la trayectoria elegida para su intento de ver cumplida su finalidad revolucionaria. Y un niño, por el candor, la ilusión, la buena fe y la generosidad.

Todos los datos, fechas e incidentes de su vida reflejados en este relato se ajustan a la realidad. Unos, han sido aportados por amigos de infancia que todavía recuerdan las travesuras de su niñez; otros, por compañeros de Sindicato, que tampoco olvidan el dinamismo y el entusiasmo que Higinio imprimía a cualquier participación suya en el hecho que fuese; éstos, como compañeros de fatigas, de penurias en la prisión, los cuales asimismo se acuerdan, como se acordaron y se acordarán siempre, de la nobleza y desprendimientos sin ambiciones de que hizo gala, como demostración palmaria de que el ejemplo es la razón más convincente. Y bastantes, bastantes, sí, por los propios enemigos, que no pudieron ocultar la admiración que les produjo rechazar el ofrecimiento del general Latorre y la sangre fría con que se enfrentó al pelotón de ejecuciones. Por eso los militantes de la *Confederación Regional del Trabajo de Asturias*, sobre todo aquellos que más estrechamente compartieron con él los avatares de toda una vida al servicio del anarcosindicalismo, *prometen seguir en pie de guerra* hasta que en España ondee la bandera de *Libertad, Justicia Social, Igualdad y Fraternidad* por la que vivió y murió *Higinio Carrocera Mortera.*

Asturias, julio de 1960. *Alonso Quijano-LINDEZ*